

ENTREVISTA A FERNANDO SAMALEA



Nacido de los cuentos y los viajes

POR HORACIO LÓPEZ. FOTO DE ERNESTO GRASSO. Mucho más que baterista de estrellas (Cerati, Charly, Calamaro...) y fueyista invitado (por Sabina, Melingo y Liliana Herrero, entre otros), este artista que tiene diez discos a su propio nombre se reconoce tocado por la caricia de Piazzolla, bebedor en las fuentes de Horacio Ferrer y egresado de la academia García. A los 46 años, sostiene en alto aquello de la novela *Demian*, de Herman Hesse: "Quién quiera nacer debe destruir un mundo".

Existencia forjada a golpes de percusión y madurada entre maullidos de bandoneón, Fernando Samalea representa un calidoscopio móvil por dónde flota libremente un artista con luz propia y sin estación final. Amigable, afectuoso, esencialmente curioso. Desgarbado, sin aspecto atlético, de castaña cabellera revuelta, rostro afilado con pelitos en el mentón. Luce semblante joven, que considera atribuible a la ausencia de estrés y a sentirse siempre en vacaciones. En diciembre, Samalea anduvo por Córdoba. Días antes del concierto de la banda de Gustavo Cerati, compartimos una charla informal que comenzó en un fresco espacio del Bv. Chacabuco, se expandió por Caseros y se abrió paso entre el viejo rectorado y el patio del Monserrat. Más tarde, la charla tomó estado de entrevista vía e-mails de ida y vuelta entre Córdoba, Neuquén, Buenos Aires...

—Fernando, ¿cómo entró la percusión en tu vida?

—Y... Dada mi alarmante tendencia a percutir con tenedores, cucharas, lápices o lo que fuese, mis padres me regalaron *Duelo de tambores*, clásico long play de Gene Krupa y Louis Bellson. ¡Doy fe que lo gasté con la púa del Winco! Como a *Que retumben los parches*, del baterista Sandy Nelson. Tal vez por el latido del corazón o el mecanismo del lavarropas que escuché durante el estado ilusorio de la infancia, lo rítmico estuvo siempre presente. Me hicieron conocer también a Harry James (trompetista), Benny Goodman (clarinetista) y Glenn Miller... "Moonlight Serenade" podría ser la banda sonora de mi niñez. O los Nocturnos de Chopin, por qué no.

—Parece que papá y mamá sembraron buenos hábitos musicales en el niño...

—Más que eso: fueron cultores de sueños. Me estimulaban a más no poder, aún con grandes limitaciones económicas, luchándola para que yo tuviese una vida en pantalla grande. Con entradas económicas sacadas en

cartelera, como se pudiese, íbamos al San Martín o al Cervantes a ver teatro, ballet o cine. No eran artistas, pero sí maestros en apreciar el arte ajeno. No tardaron en arrastrarme, como espectador, a disfrutar de toda esa bohemia onírica. A dejarme llevar por la mágica hora y media desde la oscuridad de una platea.

—¿Cómo te influyeron los 70, esa época tan particular en lo cultural y social?

—Me enganché con el rock progresivo a través de grupos que conocí por amigos más grandes: Yes; Genesis; Emerson, Lake & Palmer; King Crimson; Pink Floyd; Led Zeppelin o Van der Graf Generator, por citar algunos. Escuchaba música en general, incluso sin percusión: Erik Satie, Fripp & Eno... También hindú, árabe, jazz antiguo, Gershwin, etc. Y como tantos, tuve mi "segundo nacimiento" gracias a libros de Herman Hesse: *Siddhartha*, *El lobo estepario* o *Demian*. Me tomé a rajatabla eso de "Quién quiera nacer debe destruir un mundo", apunté hacia la calle y no paré más. La época dejó su marca en lo sonoro, lo literario, lo cinematográfico y lo político: el Padre Mujica, la Junta golpista, el Mundial 78, el asesinato del líder del ERP, Santucho, a pocas cuerdas de casa y tanto más.

La luminosa caricia del astro Astor

El hijo único de los Samalea disponía de un camino despejado hacia el arte de la música. Las estrellas parecían conjurarse para que en ese niño emergiera el músico, el baterista. La percusión lo había casi acunado, pero aún faltaba otra poderosa señal: otras vacaciones marplatenses.

El pequeño, de 12 años, asiste junto a sus padres al Teatro La Botonera, donde se presenta un programa de lujo: concierto de Astor Piazzolla con su poderoso Octeto Electrónico. El niño saltaba y aplaudía, tenía su oído exultante. Y al final, en medio de aplausos y vivas, le suplicó a sus padres que lo llevaran a saludar a los músic-



cos: "¡Dale papi, vamos rápido, que quiero saludarlos...!" Hoy Fernando cuenta que, primero, el "Zurdo" Roizner, con su pipa en la mano, le obsequió un palillo autografiado que el pequeño admirador agradeció sonriente. Y a los pocos minutos, el propio Piazzolla le entregó su trofeo: una caricia en la cabeza preguntándole: "¿Te gustó pibe...?".

¿Habrás sido ese saludo fugaz al niño deslumbrado una suerte de bendición que años después lo llevó a los sonidos del fuelle? Con sus piernas chuecas y un poco rengu, allí pasó el autor de "Adiós Nonino", dejando su estela, observado al detalle por el chiquilín.

—¿Cómo te pegó después el hechizo del tango?

—Se reafirma a través de mi admirado Horacio Ferrer y su Historia del Tango. Fue indispensable leerla para decidirme a estudiar bandoneón y elegirlo como protagonista de las melodías que grabo. Ferrer es nuestro pe-

hacen discos geniales, o en Alejandro Terán al mando de su orquesta Hypnofón. Dino Saluzzi, John Lennon, Ryuichi Sakamoto, Talking Heads, Pat Metheny, John McLaughlin, Weather Report, Belle & Sebastian, Peter Gabriel, Jack White, Serge Gainsbourg, Joni Mitchell y el inglés Mike Oldfield están entre mis favoritos.

Lezo, husmeo, me evado

—De chico me habían regalado las versiones infantiles de *Las mil y una noches*, con la inolvidable dedicatoria a puño y letra: "Para que no pierdas nunca el sentir de

"Mis padres fueron cultores de sueños.

Me estimulaban a más no poder, luchándola para que yo
tuviera una vida en pantalla grande"

núltimo Poeta Intergaláctico del Río de la Plata. Pensador exquisito, un duende loco de palabras mágicas y verbos inventados que tiene con qué. Cargando su libraco por las calles, pude reconstruir un mundo fantástico de bohemia musical, tango y fox-trot que guardaba mucha relación con el ambiente roquero que me tocó vivir. Aunque fue mi maestro Carlos Lázzari quien me empujó al estudio, transpirando más de la cuenta. Debo haber sido su peor alumno. Gracias a él practiqué escalas mayores y menores, invenciones a dos voces de Bach y dale que dale con el método Ambros. Tan cercano a la voz humana, de tan hermoso exhalar, el instrumento tiene una mecánica de ejecución que puede llevarte al límite del psiquiátrico. Las notas están ubicadas arbitrariamente, como las letras en una máquina de escribir y, para colmo, sin relación armónica si uno toca abriendo o cerrando el fuelle.

— ¿Qué otras personalidades te movilizaron en el mundo de la música?

—Algunos trascienden las marquesinas mundiales, tipo Miles Davis o el mencionado Piazzolla. Ocupan un plano celestial. Con solo leer sus biografías, está todo dicho. Puedo sentir emoción con canciones de Spinetta, Fito o Cerati. Y pienso además en Calamaro, el primero que confió en mí, en Axel Krygier y Christian Basso, que

la fantasía y el ensueño". Desarrollé así un imaginario de caballos voladores, príncipes, doncellas, hechizos y magos, entendí la mística del mundo islámico, la pasión viajera de Jack London, Julio Verne y el gran Salgari, que como nadie sabía transportarte a tierras exóticas o mares malayos donde Sandokán u otros piratas de Mompracem hacían las suyas. También me viene a la mente el libro *El hombre que calculaba*, de Malba Tahan, ejemplar muy frecuente en mi mesita de luz. Quizá por eso descubrí los discos de Rick Wakeman basados en historias del tipo *Viaje al centro de la Tierra* o *Los mitos y leyendas del Rey Arturo*. Me encantaban sus conciertos junto a orquestas sinfónicas o grandes corales, los trajes de los músicos y demás. Hasta el día de hoy me gusta coquetear con un porte como de otra época, medio pictórico, en plan caballero medieval o D'Artagnan... aunque es demasiado pretencioso presentarse así, ¿No?

—Sos como un explorador incansable.

— Si una historia me atrae, me mando a lo loco: puedo evocar civilizaciones perdidas por ruinas mayas o incas y hacerme la película ante moteles perdidos de carreteras norteamericanas, iglesias templarias de la España mágica o medinas musulmanas... Hay que cuidar la capacidad de asombro, sobre todo si se tiene la suerte de



Charly como escuela de rock

—Suena raro un roquero “tocado” por Piazzolla y Ferrer... ¿Y Charly García que significó?

—Mi verdadera escuela de rock. Estuve en su grupo durante once años, amén de los tiempos como público, precisamente desde que a mis trece vi a La Máquina de Hacer Pájaros en el Luna Park. Luego seguí toda la etapa Serú Girán y sus trabajos solistas desde 1982, los cuales, digamos, viví desde la “primera fila” a partir de 1985. Cuando me llamó para integrar su banda, cumplí un sueño muy anhelado desde chico. Tendré su música arraigada de por vida.

—Sueño del pibe si los hay...

—Sí, tenía 21 años y me sentí inmerso en criterios musicales muy novedosos, que funcionaron en plan académico. Charly supo compartirlos desde el vamos y generó en nosotros un objetivo común. Ganamos confianza y nos pusimos la camiseta. Además de ensayar, solíamos juntarnos en casas o habitaciones de giras a escuchar discos y charlar. Era algo relindo donde se avivaba el ingenio colectivo, inventábamos verbos o juegos de palabras hasta revolcarnos de la risa. También había salidas nocturnas, “discotequeo” feroz, cine, shows de otros, etc. La consigna era vivir 24 horas para la música. Como ahora.

—¿Y a que otros mundos tuviste acceso?

—Al del hemisferio norte: las movidas estafalarias de Nueva York o Europa. También Sudamérica a pleno, y el Caribe. Mis ojos no daban crédito. En épocas sin Internet ni mucha velocidad informática, no quedaba otra que ir y verlo, si podías. Charly siempre fue un gran arengador, de humor veloz y finísimo. Además aprendías a tocar de determinada forma o quemarte a lo bonzo si era necesario. No me refiero a drogas, sino a lo delirante que tiene el rock, medio ritualístico, de estar todo transpirado y encendido en un escenario como si fuese lo más trascendental de la historia de la humanidad. En esos efervescentes 80 fuimos muy compinches con el Zorrito Quintiero, Fabi Cantilo, el Negro García López, Dani Mellinger, Hilda Lizarazu, Christian Basso y Richard Coleman...

—¿Y después?

—Y, como es de conocimiento público, García tuvo sus mutaciones. Mi sensación era la de ir viéndolo cada vez más parecido a Dalí, dando pincelazos alucinados sobre cuanto lienzo se interponga, inmerso en una especie de cruzada surrealista hacia la nada o hacia el todo universal, o algo así... Más propenso a la sección policiales que a la de espectáculos. Recientemente, Palito (Ortega) y su familia lo rescataron con generosidad enorme y mucha nobleza. Eso permitió que nos reencontrásemos todos en la finca La Negrita durante el verano 2009. Compartimos tardes y se registraron nuevas canciones, entre ellas la consabida “Deberías saber por qué”. Espero que se hagan públicas las restantes, algún día, porque tenían lo suyo. Ahora el muchacho está en su momento de ‘buenos modales’ y le deseo lo mejor, con todo cariño.

viajar. Evado la realidad de forma preocupante, si de vibrar algo ensoñado se trata. Libro en mano, ya sea ficción o biográfico, me gusta ir a los lugares mencionados en sus páginas. En París pasé horas de acá para allá, tras cada rincón mencionado en Kiki et Montparnasse, ‘viendo’ a Fujita, Kisling, Cocteau o Man Ray por las mesas del Café Dome. Al igual a como hice en Buenos Aires con la Historia del Tango de Ferrer, reflatando suntuosos cabarets de actuales pizzerías, casa de videojuegos o locutorios. Y recientemente, en Córdoba, con

“No sólo puede aburrirte lo establecido.
Si no que podés aburrirte vos a vos mismo”

tu maravilloso libro sobre la infancia y avatares veinteañeros del Che: fascinado, fui a la Plaza San Martín, al Boulevard Chacabuco, al colegio Dean Funes, al Lawn Tennis del Parque Sarmiento y hasta a Villa Nydia y el Sierras Hotel de Alta Gracia, claro. A través de los años devoré biografías y autobiografías de todo tipo: de ídolos populares como Gatica, Bonavena u Olmedo, o más sofisticados, llámense Victoria Ocampo, Xul Solar, Anaís Nin, Lorca, Buñuel o Dalí. Con los años me han gustado libros de Paul Auster, Aldous Huxley, Arthur Clark, Ballard y las *Crónicas de moteles* de Sam Shepard. Suelo tomar dosis de risa con Groucho Marx, Woody Allen y Andy Warhol. De los actuales, me encanta el español Luis Antonio de Villena, que aborda con maestría lo más superfluo y trivial, al igual que el colombiano Sandro Romero Rey, un literato de grandes ligas.

—Y también te gusta tomarte un tren y bajarte en una estación desconocida. Parece una constante en tu viaje como músico. ¿Significa que lo establecido como camino seguro te aburre y siempre vas por más?

—No sólo puede aburrirte lo establecido. Si no que podés aburrirte vos a vos mismo, ¿no? Como tantos otros,



Richard Coleman, Samalea, Charly y Fito (Porto Alegre, 1986)



encontré en esa gama de libertad resultados más o menos acordes: tomo buses, subtes o trenes a cualquier lugar, observo a la gente, escribo en bares o plazas ignotas. Es lo que llamo "turismo suburbano", llevar lo aparentemente simple y cotidiano de cada lugar a un estado mitológico. Ya que estamos, dándole un halo poético. La fantasía salvadora, con su toque de humor necesario y bajo un anonimato emparentado al "yo nació para mirar" del tema "Cinema verité", de Serú Girán, por decir algo. Me ayuda mucho al intentar combatir deberes, culpas o miedos que la sociedad nos impone

desde que tenemos uso de razón, esa suerte de Big Brother de cuyo influjo pareciera que nadie está exento. Un incordio, un agobio, que prefiero esquivar. Quizá sea algo ingenua e infantil la visión... Pero, al menos para mí, resulta infalible si de paz interior se trata. 🎧

Triplédooblévé

www.samalea.com.ar

www.lastfm.es/music/Fernando+Samalea/

Leé sobre el hábitat y las lecturas de Samalea, sobre sus primeros pasos con la batería y sobre su disco nuevo en www.revistalacentral.com.ar

32

*"Hasta que choque China con África"
Ese instante tiene sabor a té.*

Roibos (Sudáfrica) con láminas de coco, cacao, vainilla de Madagascar y cubitos de caramelo, uno de nuestros blends.

Mil Grullas
y una taza de té

Belgrano 861 - Güemes
www.facebook.com/milgrullas

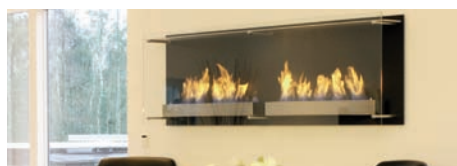


ECO-HOGARES LUMIÈRE

AL CALOR DEL DISEÑO

33

Importados o fabricados a medida, los Eco-Hogares Lumière son una forma novedosa de combinar calefacción, ecología y decoración. Aquí, todas las respuestas a tus interrogantes sobre un producto que da calidez a tus ambientes en más de un sentido.



¿Qué son los Eco-Hogares?

Los Eco-Hogares son calefactores que funcionan a etanol desnaturalizado o alcohol etílico, evitando el humo, el olor y las cenizas, lo que los hace 100% ecológicos.

La llama es regulable y el calor generado es aprovechado en su totalidad porque no necesita de chimeneas, quedando todas las calorías en el ambiente.

¿Dónde pueden ser utilizados?

Una de las principales características de Los Eco-Hogares es su diseño moderno y atractivo. Por eso, y por su versatilidad, pueden adaptarse a diversos ambientes arquitectónicos: desde un loft, un estudio, departamento, terraza hasta hoteles, bares, restaurantes y salones de fiesta.

¿Por qué son prácticos?

Los Eco-Hogares no requieren ningún tipo de instalación especial o previa, pudiendo ser colocados y comenzar a utilizarse de inmediato. La ventilación es la misma que necesita cualquier ambiente habitable, mientras que la llama es similar a la producida por la leña salvo que no genera cenizas, olor, ni humo. El etanol desnaturalizado que requieren para su funcionamiento, también es provisto por la firma a un costo muy accesible.

¿Puedo tener un Eco-Hogar personalizado?

Existen modelos estandarizados (de pared o móviles), pero también la posibilidad de diseñarlos según las necesidades y características del espacio. Son realizados en acero inoxidable, de gran calidad y durabilidad. 🍷

Lumière
— ECO HOGARES

Consultas y ventas:

www.importadoradelcentro.com
Tel.: 0351-153237866

Re-venta disponible
Precios especiales a arquitectos, diseñadores
y decoradores